

Examen de libros

Leslie Bethell, ed. *The Cambridge History of Latin America. Vols. I y II: Colonial Latin America.* Cambridge: Cambridge University Press, 1984. xx + 645 pp. ; xx + 912 pp.

El impacto de Europa sobre América, desde que se empezó a discutir el encuentro, ha sido representado principalmente en términos de victoria y derrota. No es sorprendente que un pensamiento tan brutal e inequívoco atraviese las relaciones de paladines europeos tales como Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, primeros y famosos protagonistas de la constante violación del Nuevo Mundo a manos del Viejo. Si los conquistadores españoles cantaron victoria a los cuatro vientos, las voces de los vencidos eran débiles y apenas audibles, sus palabras conmovedoras y cargadas de fatalismo.

¿Vivimos realmente en la tierra?
No para siempre en la tierra, sólo un momento aquí.
Aunque sea jade, se romperá,
Aunque sea oro, se quebranta,
Aunque sea pluma de quetzal, se hace pedazos.
No para siempre en la tierra, sólo un momento aquí. (pág. 33)

Muramos, entonces,
Muramos, entonces,
Pues nuestros dioses ya están muertos. (pág. 211)

Con respecto a la obra de España en América, una de las características más sorprendentes de la historiografía es la descripción de la realidad colonial como una condición variable no procedente de la victoria y la derrota, sino entre ellas. Pero pocas veces se establece y se mantiene la hegemonía sin que provoque forma de resistencia alguna. Sólo raras veces hay conquista sin supervivencia, desafío sin respuesta. Un marco intelectual que facilitaría este tipo de interpretación fue establecido, comenzando en 1932, en las monografías de *Ibero-Americana* de la Escuela de Berkeley, pero habrían de transcurrir más de treinta años antes de que los estudios pioneros de Sauer, Simpson, Borah, Cook y Kroeber (entre otros) encontraran un portavoz "etnohistórico" articulado. Cuando, en 1964, Charles Gibson publicó *The Aztecs under Spanish Rule*, se estableció un punto de referencia que desde

entonces ha permitido a cientos de estudiosos, por el poder y gracia del ejemplo, reconstruir las relaciones coloniales entre europeos y amerindios en formas que ponen de relieve tanto la continuidad como el cambio, tanto el retroceso como la transformación, la resistencia como la destrucción.¹

Quizás nadie haya reiterado mejor que Nancy Farriss la esencia del pensamiento de Gibson, o ha aportado un estudio de un caso particular de igual talla y perfección. En el contexto del Yucatán colonial, esta investigadora aboga por que los indígenas sean debidamente considerados como sujetos independientes y no como el vestigio anacrónico de un pasado precolombino o el objeto pasivo de un gobierno colonial o neocolonial. Esta perspectiva, arguye Farriss, permite que los pueblos indígenas sean vistos no tanto como reliquias o víctimas (lo cual desde luego lo son o pueden serlo), sino como actores que han respondido a los acontecimientos de tal forma que han ayudado a configurar una parte no pequeña de su realidad. La capacidad de responder creativamente a la invasión y la dominación es lo que Farriss compara con la "aculturación estratégica", por la cual se hacen concesiones y se aprenden ciertos cambios "para preservar los elementos esenciales".² Las descripciones revisionistas realizadas por Farriss y otros en las dos últimas décadas han tenido como resultado el apareamiento de un género distintivo de investigación que abarca diversos intereses, ideologías y disciplinas. Se puede decir que los dos primeros volúmenes de la *Cambridge History of Latin America* reflejan y materializan este impulso revisionista, aunque de forma irregular y más bien inconsecuente.

El primer volumen es una colección de quince ensayos divididos en tres partes constitutivas: América en vísperas de la conquista, Europa y América, y el papel de la Iglesia en América. Miguel León Portilla, en su artículo "Mesoamérica antes de 1519", ofrece al principio un panorama amplio que, posteriormente, hasta cierto punto predecible, centra la discusión en la historia de los mexicas (aztecas). La curiosa afirmación de que la conquista "en Guatemala fue completada en 1525 y en Yucatán en 1546" (pág. 13), no sólo exagera la rapidez con que se extendió la dominación

¹ *The Aztecs under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810* (Stanford: Stanford University Press, 1964).

² Farriss, "Indians in Colonial Yucatán: Three Perspectives", en *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica: Essays on the History of Ethnic Relations*, Murdo J. MacLeod y Robert Wasserstrom, eds. (Lincoln: University of Nebraska Press, 1983), pág. 34. Un ejemplo excelente del enfoque que adopta Farriss es John M. Watanabe, "We Who Are Here: The Cultural Conventions of Ethnic Identity in a Guatemalan Indian Village, 1937-1980" (tesis doctoral, Harvard University, 1984).

española sino que contradice los hechos históricos. Los itzáes del Petén central no fueron derrotados hasta 1697, y los lacandones situados al oeste de aquellos nunca fueron sometidos. El experimentado antropólogo John Murra, por su parte, en "Las sociedades andinas antes de 1532", proporciona un estudio profundo de la cultura pre-inca e inca. Aunque mucho se ha realizado, Murra afirma que el conocimiento de las civilizaciones andinas es incompleto y fragmentario. La arqueología en particular —en marcado contraste con México— va muy retrasada. Los ensayos de Mary W. Helms, Jorge Hidalgo y John Hemming, tratan respectivamente de la situación de contacto en el Caribe y el circum-Caribe, Sud América meridional, y Brasil. Apretados en 140 páginas, estos cinco ensayos preparan colectivamente la escena para la entrada de Europa, pero de ninguna manera hacen justicia a la riqueza y complejidad del Nuevo Mundo precolombino. Los planes para una historia de Cambridge dedicada exclusivamente a los pueblos nativos de América, proyecto que "se está estudiando" según se dice en el prefacio general, merece apoyo e incentivo.

La segunda parte, Europa y América, forma el núcleo del primer volumen y agrupa ocho ensayos que examinan con todo detalle la conquista, el asentamiento, la organización económica y la administración del imperio. Da gusto leer los dos ensayos escritos por J. A. Elliot, impecablemente trabajados y, con mucho, el fruto de una mente singular que domina envidiablemente su materia. La España imperial, afirma Elliot, puede en efecto haber sido una fuerza poderosa, pero en persecución del imperio "el éxito no era inevitable, ni tampoco se alcanzó sin lucha" (pág. 149). El reto fundamental, el cual la Corona nunca resolvió, fue "cómo imponer estabilidad en un mundo donde casi todo fluía constantemente" (pág. 162). Al evaluar la empresa imperial en el Caribe, Elliot coincide con Carl Sauer en que el resultado final fue convertir islas populosas y bien gobernadas en "un paisaje desolado" (pág. 169).³ Pero el patrón de las islas resultó ser algo extremo. La experiencia colonial varió considerablemente de un lugar a otro y "regiones distintas plantearon problemas distintos y exigieron respuestas distintas" (pág. 176).

Si los indígenas en todo el continente —a diferencia de sus análogos antillanos— escaparon a la extinción demográfica, quedaba la cuestión de la supervivencia cultural. A este respecto, la defensa de la comunidad como

³ Carl O. Sauer, *The Early Spanish Main* (Berkeley: University of California Press, 1969), pág. 294.

unidad colectiva fue crucial. Elliot sigue de cerca la línea de razonamiento, desarrollada originalmente para Mesoamérica por Eric Wolf:

Los indios congregados en asentamientos asimilaron en efecto ciertos elementos del Cristianismo, se apropiaron para su propio uso de técnicas, plantas y animales procedentes de Europa y entraron en la economía monetaria del mundo que los rodeaba. Al mismo tiempo conservaron muchas de sus características indígenas, de tal manera que siguieron siendo comunidades genuinamente indígenas, dirigiendo sus propias vidas bajo la supervisión de las autoridades reales pero a través de sus propias instituciones municipales en gran parte autónomas. De estas municipalidades indígenas las más prósperas desarrollaron sus propias formas de resistencia contra los abusos del exterior. Sus *cajas de comunidad* les permitieron reunir reservas económicas para cumplir con su tributo y otras obligaciones. Aprendieron a proteger sus tierras con títulos de propiedad y cómo meterse en las técnicas de peticiones y cabildeo que eran esenciales para sobrevivir políticamente en el mundo hispánico. Como resultado, estas comunidades indígenas, las cuales se consolidaron en el siglo XVII, llegaron a funcionar como rompeolas contra la marea amenazadora de las grandes propiedades, o haciendas, que arrasaron con todo a su alrededor, sin que jamás los sumergieran del todo.⁴

En su artículo "Los indígenas y la conquista española", Nathan Wachtel subraya, más o menos en el mismo estilo que Elliot, la exitosa resistencia nativa a las presiones europeas, pero no simplemente la "continuidad de tradición, así como la síntesis por adaptación" (pág. 234). El enfoque aquí es mucho más físico, el de la rebelión armada. A lo largo del período colonial hubo levantamientos indígenas, especialmente en los Andes, los cuales sirvieron sólo para fortalecer la identidad aborígen mientras se mantenía a raya al invasor. Wachtel resume los acontecimientos y explora el significado de cuatro casos prolongados de resistencia y rebelión que cuales tuvieron como protagonistas a los incas y a los chiriguano en el corazón del imperio español y a los araucanos y chichimecas a lo largo de sus fronteras sur y norte.

Los triunfos y fracasos de la primera colonización portuguesa en Brasil son examinados en un ensayo conciso por H. B. Johnson. Que las acciones indígenas destruyeron o templaron respectivamente las aspiraciones imperiales es otra vez muy evidente. Con los intereses portugueses dirigidos principalmente hacia la costa atlántica, la huida hacia la vasta región interior más allá de la Serra do Mar, ya sea para escapar del plantador de

⁴ "Closed Corporate Peasant Communities in Mesoamerica and Central Java", *Southwestern Journal of Anthropology* 13 (1957): 1: 1-18.

caña de azúcar o evadir al misionero, era una opción a la que se recurría repetidas veces. Johnson escribe: "los indígenas a menudo se escapaban: como pececillos se deslizaban por entre la red de la aculturación de los jesuitas" (pág. 271). Puesto que sólo el 2.5 por ciento de los ingresos reales en 1588 provenían de Brasil, Johnson concluye que "la Corona portuguesa encontró sus recompensas en Brasil por lo menos en el siglo XVI, no en el terreno económico sino más bien en el de *status* y prestigio" (pág. 286).

La economía política de Brasil entre 1580 y 1750 y, luego, desde 1750 hasta 1808 es analizada por Frederic Mauro y Andrés Mansuy-Deniz Silva. Durante el primer período, un auge en la producción de azúcar, seguido por el descubrimiento de oro y diamantes, incrementó dramáticamente el valor económico de Brasil; aunque Inglaterra se benefició más que Portugal de la producción de minas y plantaciones. En el transcurso del segundo período, una serie de reformas dirigidas por el Marqués de Pombal buscaba reorganizar los aspectos de la economía brasileña para aumentar los beneficios que irían a parar a las arcas reales. Preocupaciones similares con las vicisitudes de las finanzas imperiales consumieron las energías de la España de los Borbones, tema examinado cuidadosamente por David Brading. En las manos competentes de Murdo MacLeod, la estructura y evolución del comercio de España con sus posesiones americanas — particularmente la afluencia de plata y oro— es evaluada y situada en el contexto del "sistema mundial" europeo.

El primer volumen termina con dos artículos sobre el papel de la Iglesia en América. Al escribir sobre el catolicismo en las Indias españolas, Josep M. Barnadas presenta una historia institucional más bien floja. Le interesan más las relaciones cambiantes entre la Iglesia y el Estado, que un análisis de la mezcla del cristianismo y las religiones nativas que producirían híbridos únicos del Nuevo Mundo que pocos devotos del Viejo Mundo reconocerían y aceptarían difícilmente como resultado legítimo. El mismo tipo de enfoque distante caracteriza el tratamiento que Eduardo Hoornaert hace del catolicismo en el Brasil colonial, donde elementos africanos así como amerindios contribuyeron a crear un sincretismo incluso más exótico. Ninguna de las dos contribuciones tiene la profundidad y textura del tratado clásico de Robert Ricard, ni proporciona una apreciación de lo que ocurrió a nivel de parroquia, lo que fue objetivo de la tesis profunda del fallecido Adriaan Cornelis van Oss.⁵

⁵ Ricard, *The Spiritual Conquest of Mexico*, Lesley Byrd Simpson, trad. (Berkeley: University of California Press, 1966); y van Oss, "Catholic Colonialism: A Parish History

El segundo volumen reúne diecinueve ensayos organizados temáticamente en cuatro partes: población, estructuras económicas y sociales en Hispanoamérica, estructuras económicas y sociales en Brasil, y vida intelectual y cultural. Nicolás Sánchez Albornoz resume resultados y revisa tendencias en la investigación relacionada con el período colonial que se ocupa de la población de Hispanoamérica. Su análisis de las causas del colapso masivo posterior a la conquista del lado de los nativos americanos es satisfactorio, pero carece de la discusión hábil del contexto e implicaciones de la disminución demográfica recientemente expuesta por Linda A. Newson.⁶ La innovación también está notablemente ausente en la evaluación anémica que María Luisa Marcilio hace de la población del Brasil colonial. A diferencia del continente hispanoamericano, donde los indígenas de países como Bolivia, Ecuador, Guatemala y el Perú en algún momento se recobraron demográficamente del impacto de la conquista, los indígenas del Brasil emprendieron una trayectoria hacia la extinción tan inexorable como la suerte que corrieron los caribes isleños nativos, aunque más prolongada.

La segunda parte, que trata de las estructuras económicas y sociales de Hispanoamérica, ofrece mucho para asimilar y sobre lo cual reflexionar. Richard M. Morse colabora con un ensayo pulido sobre el desarrollo urbano, a la vez tema principal de un trabajo historiográfico sólido de Woodrow Borah que apareció recientemente.⁷ Los aspectos técnicos y económicos de la minería y el fundamento de las finanzas imperiales son evaluados por Peter Bakewell, quien ha ganado mucho prestigio por sus estudios de las actividades de las minas de plata en la época colonial en Zacatecas y, más recientemente, en Potosí.

Los aspectos de la economía y la sociedad rurales reciben una atención meticulosa por parte de Enrique Florescano, Magnus Mörner y Murdo MacLeod. El debate se centra en la naturaleza de la hacienda y en las relaciones entre la tierra y la mano de obra creadas a causa de su existencia. Mientras que Florescano, en el contexto de la Nueva España, sostiene que "robarles la tierra a los indígenas se convirtió en la mejor forma de crear una fuerza de trabajo y también la mejor forma indirecta de multiplicar

of Guatemala, 1524-1821" (tesis doctoral, University of Texas, 1982).

⁶ "Indian Population Patterns in Colonial Spanish America", *Latin American Research Review* 20 (1985): 3: 41-74.

⁷ "Trends in Recent Studies of Colonial Latin American Cities" *Hispanic American Historical Review* 64.

los consumidores de los productos de la hacienda" (pp. 175-76), Mörner mantiene, en el concepto del Perú, que

el tamaño e importancia relativa de las grandes haciendas ... no debería de ningún modo ser exagerado. En primer lugar, la mayoría de las llamadas haciendas eran probablemente bastante modestas y pequeñas, con sólo un puñado de trabajadores. En segundo lugar, los pueblos indígenas, reorganizados como 'reducciones' o 'pueblos de indios' desde alrededor de 1600 en adelante, controlaron durante mucho tiempo la tierra de las áreas del altiplano (pág. 193).

A MacLeod le quedó observar que "en la historiografía de América Latina hasta hace poco, la condición de peón era casi sinónimo de entrampamiento por deuda y de servidumbre obligatoria. Esta situación simple se ha disuelto ahora, y no ha surgido una nueva síntesis, si es que todavía es posible alguna" (pág. 230). MacLeod tiene también algunas cosas convincentes que decir con respecto a la vida comunitaria nativa:

Lo que sí sabemos es que muchos peones no tuvieron que ser forzados. Para finales del siglo XVI, y desde luego cuando el crecimiento de población entre las clases más bajas empezó a aumentar, desde mediados del siglo XVII en la Nueva España y a principios del siglo XVIII en Perú, el pueblo indígena se convirtió en un lugar opresivo en muchas partes de Hispanoamérica. Los pagos de tributo, las tareas tales como el repartimiento de mano de obra y el trabajo de las tierras comunales del pueblo, los pagos a las cofradías y a las cajas de comunidad del pueblo, las exacciones de los transeúntes y de la autoridad indígena del pueblo, la sed de tierra del siglo XVIII, todo contribuyó a hacer del pueblo indígena un lugar donde lo que menos se podía encontrar era protección y del que había que huir lo más pronto posible. A menudo los indígenas eligieron la hacienda de su propia voluntad.

La cuestión central aquí es la planteada hace varios años por William B. Taylor. Su resolución, en el contexto de los puntos de vista conflictivos con respecto a la sociedad terrateniente de la Nueva España, sonará a música en los oídos de la mayoría de los geógrafos historiadores. Un conocimiento de la variación regional, declara Taylor, es muy importante: "Lo que es válido para el valle de Oaxaca en 1750 es improbable que sea válido para Colima en 1800".⁸ La necesidad de que quienes estudian a Hispanoamérica estén siempre atentos a matices de tiempo y lugar también figura destacadamente

⁸ "Landed Society in New Spain: A View from the South", *Hispanic American Historical Review* 54 (1974): 3: 389. Véase también Eric Van Young, "Mexican Rural History since Chevalier: The Historiography of the Colonial Hacienda", *Latin American Research Review* 18 (1983): 3: 5-61.

en el ensayo incisivo de James Lockhart sobre "Organización social y cambio social" e impregna una contribución estimulante de Charles Gibson sobre las "Sociedades indígenas bajo el dominio español". La discusión de la sociedad colonial es rematada efectivamente con un capítulo de Asunción Lavrin sobre el papel de la mujer y un capítulo de Frederick P. Bowser sobre el papel de los negros.

La tercera parte, que trata de las estructuras económicas y sociales de Brasil, empieza con un estudio exhaustivo por Stuart B. Schwartz en el que, una vez más, se destaca el tema de la variación regional. Schwartz entiende que el trabajo de Portugal en América fue forjar una geografía de plantaciones "centrales" que desaparecieron gradualmente al norte y al sur en "periferias" costeras y desaparecieron rápidamente en dirección oeste en tierras del interior incluso más marginales. El azúcar y los esclavos dominan el discurso de 78 páginas. Schwartz señala que una cosecha de caña de azúcar (zafra), la cual duraba de ocho a diez meses, significaba que

virtualmente no había "período muerto", ni tiempo en el que los esclavos estuvieran sin hacer nada productivo. Los esclavos podían ser usados durante todo el año, y efectivamente así era. Dada la duración de la zafra, la naturaleza del trabajo y el ritmo de la jornada, no es de extrañar que la alta mortandad de los esclavos fuera una característica constante de la industria azucarera brasileña (pág. 435).

Para 1600, la población esclava negra de Brasil ascendía a una cifra alrededor de 13,000 y 15,000 habitantes. Ocho años más tarde ascendía a 150,000, pero las "importaciones" anuales de 7,000 a 8,000 dan fe de horrendas tasas de mortandad y fertilidad baja entre los esclavos africanos. Entre 1734 y 1769 "Río de Janeiro recibió 156,638 esclavos sólo de Luanda" (pág. 437). En cuanto a los indígenas, al igual que los negros, "la forma más común de resistencia era la huida, que era endémica" (pág. 441).

La resistencia en forma de huida es un tema presente a lo largo de la reconstrucción provocativa de John Hemming, "Los indígenas y la frontera en el Brasil colonial". Hemming, maestro elocuente de la narrativa, no está de acuerdo con designaciones convencionales en cuanto a de qué lado estaban situados el oscurantismo y el barbarismo. Este escribe: "a menudo eran los indígenas que estaban más allá de la frontera quienes eran los más civilizados. En la mayoría de las formas de expresión artística y a menudo en la organización política y la armonía social, los indígenas tenían ventaja sobre los colonizadores, quienes eran extraordinariamente violentos, brutales, ignorantes y sin cultura" (pág. 501).

Con preocupación humanística por los costos sociales de la destrucción

sin sentido, Hemming relata las terribles incursiones de los *bandeirantes*, bandoleros errantes que hacían incursiones en la tierra del interior (*sertão*) en busca de indígenas para esclavizar. Incluye con bastante acierto en su relato un testimonio de los jesuitas, quienes consideraban que los *bandeirantes* eran “más como bestias salvajes, y sujetos a todas las persecuciones y miserias del mundo. Estos hombres se aventuran 200 o 300 leguas dentro del *sertão*, sirviendo al demonio con un martirio tan asombroso, para traficar con esclavos o robarlos” (pp. 507-508). A finales del período colonial, una frontera en expansión había convertido a los indígenas del Brasil en “pobres criaturas que se encontraban en el escalón más bajo de la sociedad, desposeídos de la mayor parte de sus tradiciones tribales y orgullo, pero totalmente incapaces de adaptarse a los modos europeos o de captar los mejores aspectos de la civilización europea” (pág. 545). Si los indígenas podían, como Farris ha argumentado convincentemente, ser actores y autores de su destino, también podían ser —como en el caso trágico del Brasil— víctimas y objetos de una explotación rapaz. La tercera parte de la obra termina —del lado europeo de la frontera— con un ensayo sobre el ciclo del oro de 1690 a 1750 escrito por A. J. R. Rusell-Wood y una discusión de gobierno, economía y sociedad entre 1750 y 1808 por Dauril Alden.

La cuarta y última parte del segundo volumen, que tiene por tema la vida intelectual y cultural, comienza con un ensayo de Jacques Lafaye que explora el mundo de las ideas coloniales. En los campos de la literatura y la etnografía, este autor encuentra “algunas obras grandiosas” (pág. 686), entre las cuales están *La Araucana* (1569) de Ercilla y la *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1565?) de Bernardino de Sahagún. Arte y arquitectura son contemplados por Damián Bayón y J. B. Bury. Ambos escritores dirigen sus investigaciones primordialmente hacia las manifestaciones eclesiásticas —orientación que resulta comprensible— pero insatisfactoria, en ensayos que van “de la cúspide hacia abajo” y que no toman en cuenta a la gente sencilla, cuyas espaldas deben haber estado lastimadas y cuyos huesos deben haber dolido. Nos sentimos obligados a recordar los versos del poema de Brecht que Karen Spalding escogió como epígrafe para Huarochirí:

¿Quién construyó las siete puertas de Tebas?
 Los libros están llenos de nombres de reyes.
 ¿Fueron los reyes quienes arrastraron los ásperos bloques de piedra?
 Y Babilonia, tantas veces destruida,
 ¿Quién construyó la ciudad cada vez? ¿En qué casas de Lima,

Esa ciudad resplandeciente de oro, vivían los que la construyeron?
 Alejandro El Joven conquistó la India.
 ¿El solo?
 César derrotó a los galos.
 ¿No había ni siquiera un cocinero en su ejército?
 Felipe de España lloró cuando su flota
 Fue hundida y destruida. ¿Acaso no hubo otras lágrimas?
 Cada página una victoria
 ¿A expensas de quién el baile de la victoria?⁹

La empresa termina, si no en un acuerdo real, por lo menos en un acuerdo simbólico, con un artículo interesante de Robert Stevenson (completo con discografía) sobre la música de Hispanoamérica y Brasil en la época colonial.

Es evidente que estos dos volúmenes representan una versión considerable, económica e intelectualmente, por no hablar de un trabajo verdaderamente arduo. Igualmente obvio es que hay un proyecto ambicioso en marcha: a la colección de dos volúmenes sobre el período colonial le ha seguido un tercero (*América Latina: Independencia y Post-Independencia*) y se planean cinco más que rastrearán la historia de la América Latina desde alrededor de 1870 hasta nuestros días. En base a los dos volúmenes aquí reseñados, la *Cambridge History of Latin America* ha tenido un comienzo admirable. Todos los que colaboraron en su consecución —ya sea redactor o escritor, impresor o traductor, diseñador o corrector de pruebas— merecen reconocimiento por un trabajo bien hecho. Sin embargo, se pueden hacer algunas críticas.

En primer lugar, el tono de autocongratulación con que se saluda al lector en el primer párrafo del prefacio general no es ni apropiado ni necesario. Puede que la Cambridge University Press haya estado publicando libros durante más de cien años, y que las historias de Cambridge de muchos volúmenes hayan estado presentes desde principios de este siglo. Pero coordinar la excelencia erudita y establecer “los estándares más altos” (pág. xiii) difícilmente es el llamado divino de una institución. Ni siquiera Enrique VIII, de quien la Universidad de Cambridge en 1534 obtuvo el derecho de “imprimir y vender todo tipo de libros” (pág. iii) podía repartir privilegios tan exclusivos. “La única sabiduría que podemos esperar adquirir”, escribió una vez T. S. Eliot, “es la sabiduría de la humildad: la humildad no tiene fin”.¹⁰

⁹ Karen Spalding, *Huarochirí: An Andean Society under Inca and Spanish Rule* (Stanford: Stanford University Press, 1984).

¹⁰ *Four Quartets* (London: Faber and Faber, 1944), pág. 18.

En segundo lugar está la cuestión de la cartografía. El trabajo de cartografía en estos volúmenes es de mala calidad, poco imaginativo e inadecuado. Es una falta de respeto para con los colaboradores, quienes trabajaron arduamente en la precisión geográfica de sus escritos. Además, priva a los lectores geográficamente orientados del derecho a saber dónde exactamente se desarrollaron ciertos eventos y procesos. Remitir a un lector perdido a otra fuente (pág. xvi) es un recurso pobre e inaceptable. Simplemente no hay excusa por no haber empleado más energía en la representación cartográfica.

Un tercer motivo de controversia se refiere a inconsistencias en la forma de escribir y acentuar las palabras. Se podrían señalar muchos ejemplos, pero bastará con dos. En el primer volumen, la palabra "Yucatan" está impresa sin acento en la página 8, no obstante aparece con acento en el mismo ensayo en la página 36. En la página 210, "Inca" e "Inka" aparecen usados alternadamente en varias oraciones. Estos son desde luego detalles sin importancia en el esquema más amplio de las cosas, pero se repiten desde el principio hasta el final y son notables.

Con algunos artículos traducidos al inglés del portugués, el español o el francés, algunas características de los originales (estructura, discurso de pensamiento, expresión estilística) han sido inevitablemente sacrificadas. Aunque se nos dice que se ha tenido mucho cuidado en que, por ejemplo, el ensayo de Jorge Hidalgo fuera traducido, reducido en extensión y después revisado por dos redactores, los resultados no son siempre proporcionales con el esfuerzo hecho. Si el ensayo de Hidalgo sobre "Los indígenas de Sudamérica meridional" está bien escrito, otros (por ejemplo, los ensayos de Nathan Wachtel y Nicolás Sánchez Albornoz) no tienen un ritmo tan natural y atractivo.

Finalmente, haremos una observación en relación con el contenido. Dos características positivas de estos dos volúmenes que tratan sobre el período colonial son el escrutinio que se le dedica a Brasil (once ensayos de un total de treinta y cuatro) y el valioso intento de ver la marcha de la historia de treinta y cuatro) y el valioso intento de ver la marcha de la historia a través de los ojos de los indígenas, la llamada "visión del vencido". Si las perspectivas europeas y la discusión de Hispanoamérica son todavía predominantes, por lo menos el desequilibrio es mucho menos marcado que en la mayoría de las otras historias generales de la América Latina.¹¹

¹¹ Dentro de la historiografía de Hispanoamérica, es eminente la investigación sobre las regiones "centrales" de México y el Perú. Sin embargo, las regiones más "periféricas" constituyen cada vez más el teatro de investigación. Un buen ejemplo de cambio

Escribiendo hace más de una década sobre las oportunidades que ofrecía dedicarse a la investigación en América Latina, David Robinson preguntaba: "¿cómo podría un geógrafo historiador no desear disfrutar los frutos de la investigación en una tierra semejante?"¹² Una lectura atenta de la *Cambridge History of Latin America: Colonial Latin America* revelará que, aunque mucho se ha conseguido, aún queda más por hacer. No será decepcionado todo aquel que aún desee tomar en serio el desafío de Robinson.

— W. George Lovell

Karl Sapper. *The Verapaz in the Sixteenth and Seventeenth Centuries: A Contribution to the Historical Geography and Ethnology of Northeastern Guatemala*. Theodore E. Gutman, traductor. Los Angeles: Institute of Archaeology, University of California, 1985. xviii + 53 pp. Fotografías, mapas e índice. US\$8.50.

La incapacidad existente entre los geógrafos de habla inglesa de producir trabajos que perduren en un segundo idioma implica la creciente necesidad de buenas traducciones de los mismos. Dentro del contexto mesoamericano, son pocas las contribuciones que han padecido más de "miopía" lingüística que aquellas aportadas por varios distinguidos académicos alemanes, activos en esta área a finales del siglo pasado y principios del presente. Karl Sapper (1866-1945) —cuyo nombre es poco familiar dentro de nuestra disciplina en la actualidad— personaje notable por sus realizaciones en arqueología, climatología, etnohistoria y vulcanología, al igual que en geografía, se colocó dentro del rango de la excelencia, siendo el mejor (además de ser extranjero). Por lo tanto, es alentador tener disponible en inglés el estudio de Sapper sobre la región de Verapaz en Guatemala, trabajo que fuera primeramente publicado en Munich en 1936.¹³

historiográfico del centro a la periferia es la obra *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica: Essays on the History of Ethnic Relations*, Murdo J. MacLeod y Robert Wasserstrom, eds.

¹² "Historical Geography in Latin America", en *Progress in Historical Geography*, Alan R. H. Baker, ed. (Newton Abbot: David and Charles, 1972), pág. 186.

¹³ Una versión en inglés de esta reseña fue publicada en el *Journal of Historical Geography*, al cual los editores expresan su reconocimiento.